

Televisión y educación

I. LA TELEVISION ESCOLAR

Los especialistas en pedagogía, muy particularmente en los Estados Unidos, se han sentido atraídos desde los mismos comienzos de la televisión por las posibilidades que en materia de educación ofrece esta nueva técnica expresiva. La fotografía nos había procurado ya la conservación de las imágenes; el disco, la conservación de los sonidos; el cine sonoro, la conservación simultánea de imágenes y de sonidos; la radio, sonidos vivientes; la televisión, en fin, sonidos e imágenes vivientes. Se ha dicho que tal invención tendrá mayores consecuencias que la del libro, y es posible que ello sea cierto. El libro, el manual, llevaba hasta las más lejanas escuelas el exacto saber del más competente especialista. La TV puede llevar a la escuela la presencia misma del especialista —doblado en pedagogo— con posibilidades de experiencias, de ejemplos, de presentaciones de "specimens" de todas clases con los que no se pudo soñar nunca. La TV permite, teóricamente, confiar la clase al profesor más hábil y sabio, contar siempre con los más modernos laboratorios, los museos más ricos, las más ricas colecciones de ejemplos filmados. ¿No está quizá la TV, supuestas estas ventajas, llamada a reemplazar al maestro tradicional?

Después de diez años de ensayos ha bajado un poco el entusiasmo. "La televisión educativa —escribía recientemente un periodista americano— sobrevive tan sólo a las esperanzas que había suscitado." Quizá se trate de un desánimo excesivamente apresurado, consecuencia del desmesurado fervor inicial. Trataremos de mostrar aquí que, si bien la TV escolar está muy lejos todavía de la perfección, no puede sostenerse su fracaso total ni tampoco que haya dicho ya su definitiva palabra.

REALIZACIONES DE LA TV ESCOLAR EN ESTADOS UNIDOS, FRANCIA E INGLATERRA.

Hasta la fecha, tres países —Estados Unidos, Francia y el Reino Unido— cuentan con servicios regulares de TV escolar.

El mayor número de realizaciones de TV escolar corresponde, desde luego, a los Estados Unidos, país en el que tiene un desarrollo mayor la nueva técnica; en 1955 existían allí 39.400.000 aparatos receptores.

Casi todas las escuelas disponen de un aparato receptor, cuando menos. En Filadelfia —patria de la televisión escolar— las escuelas tienen, por promedio, seis aparatos cada una. Pero esto es excepcional, pues la mayor parte de las escuelas no tienen más que dos o tres; no dispone cada clase de aparato propio, y, por consiguiente, no puede contar con él en cualquier momento. Las causas por las cuales no tienen las escuelas un aparato por clase hay que atribuirlos, ante todo, al costo —400 dólares vale un aparato con pantalla de 50 centímetros— y a los elevados gastos de entretenimiento —la lámpara— pantalla de recambio vale 200 dólares; pero también influye el hecho de

que se esperan grandes perfeccionamientos técnicos en fecha próxima, especialmente las pantallas gigantes de un 1,5 m. y el perfeccionamiento de los receptores en color, con lo cual numerosas escuelas demoran la adquisición de aparatos, ya que pueden resultar rápidamente rebasados por los avances en curso.

Las emisiones proceden de estaciones educativas no comerciales (hay actualmente 23 estaciones educativas no comerciales, y además algunas estaciones de Universidades) y de estaciones comerciales que facilitan gratuitamente a las autoridades escolares el tiempo de visión y las instalaciones técnicas.

En general, las emisiones duran solamente un cuarto de hora. Cada estación emite al día uno o dos programas escolares; pero como todas las estaciones educativas están asociadas (la red educativa se denomina "National Educational Television"), una estación puede retransmitir los programas de las demás, captados y registrados por cinescopio. Las escuelas tienen así a su disposición un número considerable de emisiones.

Los programas escolares americanos desconciertan un tanto a los educadores europeos. La radio escolar de Filadelfia daba el año último las siguientes series de emisiones semanales:

Descubrimiento de las bellas artes (presentación comentada de obras modernas del Museo de Filadelfia).

El mundo a vuestro alcance (entrevistas ilustradas a invitados extranjeros).

¿Cuál es vuestro IQ de buenas maneras? (urbanidad enseñada a niños y niñas de diez a quince años).

Historia e industria de Pensilvania.

La ciencia es entretenida (observaciones por microscopio, viajes interplanetarios, "jobbies" de vacaciones, etcétera).

Erase una vez... (emisión literaria para los alumnos de las clases superiores).

A la ventana (preguntas y respuestas sobre administración, historia, geografía y literatura de los Estados Unidos).

Iniciación a la música popular.

Otro programa —*Stop, look and learn*— transmitía cuentos escenificados para los párvulos, conversaciones con exploradores ilustradas con películas, una emisión sobre la ciencia en la vida cotidiana y una introducción a la música.

Tanto los temas elegidos como el modo de tratarlos parecerían, sin duda, a un maestro europeo más próximos al espectáculo que a la escuela y al trabajo escolar. En Estados Unidos se ha abandonado la concepción según la cual la escuela debe ser aburrida y sin directa relación con la vida ordinaria. Al alumno se le trata como a un cliente al que se debe complacer. La TV escolar utiliza, para interesar a su auditorio, las mismas técnicas que la TV comercial. Esto puede chocarnos a primera vista; sin embargo, no hay duda de que resulta muy efectivo. Bajo apariencias de diversión, la TV escolar americana ha producido algunas obras maestras pedagógicas, como las emisiones históricas *Now and Then* del doctor Frank Baxter, eminente especialista en Shakespeare, de la Universidad de California del Sur, y, recientemente, la emisión de matemáticas *Adventures in Number and Space*, del profesor Howard Fehr, de la Universidad

de Columbia. Se trata de una serie de nueve emisiones retransmitidas durante los meses de noviembre y diciembre últimos por la mayoría de las grandes redes comerciales a razón de una emisión por semana, y destinadas a narrar con ayuda de marionetas la historia de las matemáticas a los adolescentes de doce a catorce años. Imagino el horror de un profesor tradicional ante esta idea de explicar las matemáticas por el guignol; pero el caso es que las marionetas dieron a los jóvenes espectadores una idea a la vez atractiva y científica acerca del origen de los números, de la invención del cero, del sistema binario empleado por las máquinas de pensar, de la teoría de la probabilidad, de la topología, etc.; cosas que no consigue generalmente el profesor tradicional.

La alta calidad pedagógica de algunas emisiones se explica porque a través de ellas ha penetrado por vez primera en el cuerpo docente un verdadero espíritu de emulación. Algunos de los profesores que trabajan en la TV se han convertido en auténticas "vedettes", y reciben un enorme correo de sus admiradores y remuneraciones muy superiores a las académicas. Para conquistar los altos salarios de las estrellas de la TV los profesores se han visto obligados a rivalizar en ingeniosidad pedagógica. Hasta ahora, los niños siempre han preferido el cine a la escuela, sencillamente porque el cine está mejor hecho. Y el cine está mejor hecho porque participa en la lucha por la vida. A partir del momento en que la escuela, a través de la televisión, entra en esta lucha, puede resultar tan interesante como el cine. Muchos miembros del cuerpo docente de los Estados Unidos se burlan de sus colegas estrellas de la televisión, pero muchos también tratan de emularlos. Se establece así una corriente de concurrencia que empuja al progreso.

La televisión francesa mantiene desde 1951 un servicio escolar, patrocinado por el Ministerio de Educación Nacional.

La TV escolar francesa es más estrictamente escolar que la americana. Cada emisión está destinada a los alumnos de una clase determinada de la enseñanza primaria, secundaria o técnica. Los temas se acomodan a los programas establecidos. No hay series, sino que, en general, cada emisión forma una unidad cerrada. Y el método se aproxima mucho más que en los Estados Unidos a los métodos escolares habituales.

Materialmente, Francia tiene medios muy inferiores a los de los Estados Unidos. Las escuelas francesas con aparato de televisión son hoy excepción, y, además, el hecho de que sólo exista una emisora de carácter educativo reduce el número de emisiones considerablemente. En total, hay 12 emisiones por semana, que se distribuyen entre todas las clases.

En Inglaterra se ha avanzado con extrema prudencia. En 1952 inició la BBC una experiencia en circuito cerrado, con 20 emisiones semanales destinadas a seis establecimientos escolares de Londres y de sus alrededores. Esta experiencia, realizada y estudiada con la mayor atención, se consideró satisfactoria, y en octubre de 1957 la BBC comenzó una serie de emisiones regulares destinadas a los alumnos de once a quince años de las escuelas secundarias "modern".

La enseñanza es obligatoria en Inglaterra hasta los quince años; a los once, al salir de la escuela primaria, los alumnos mejor dotados entran en una "grammar school", que imparte la enseñanza secundaria abstracta de tipo tradicional. Los que tienen ya una vocación definida van a la "technical school", y los demás —el 50 por 100 del total— a la "modern school", que no es ni técnica ni clásica, pero que da una educación general de carácter menos abstracto que la de la "grammar school". A estos alumnos —los menos dotados de la enseñanza secundaria— están, con muy buen juicio, reservadas las emisiones de televisión. Ponen ellas a su alcance una enseñanza vertida en imágenes, muy concreta, suficientemente general y relativamente fácil. En lugar de dispersar sus escasos medios sobre todos los tipos de enseñanza, como la televisión francesa, la inglesa se concentra en el tipo de enseñanza con el que se corresponde mejor.

Contrariamente a lo que ocurre en Francia y en los Estados Unidos, la TV escolar inglesa no pretende sustituir al profesor, sino servir tan sólo de "ayuda visual" para las lecciones ordinarias. Los programas detallados de las emisiones se envían a los profesores con dos semanas de anticipación, para que preparen y ordenen sus cursos en torno a las emisiones.

El desarrollo de la TV escolar está frenado, como en Francia, por consideraciones de orden material. Un aparato receptor escolar cuesta unas doscientas libras. Hoy, solamente mil escuelas están equipadas con aparatos receptores.

EN EL ESTADO ACTUAL DE LA ENSEÑANZA LA TV ES UN LUJO.

Como acabo de indicar, la televisión inglesa, contraria en esto a la americana y a la francesa, no pretende sustituir al maestro; pero, de hecho, tal sustitución no se logra en ninguna parte. Hasta hoy, la TV se añade y superpone a la enseñanza habitual, complementándola con conferencias especialmente bien ilustradas, con diversiones de carácter educativo —actividad "paraescolar", como se decía hace algunos años—, con ayudas audiovisuales semejantes a las que proporcionan los cuadros murales, las proyecciones, los discos, la radio y el cine sonoro.

Ahora bien, la televisión —que podría quizá introducir una revolución total en la enseñanza— es una ayuda audiovisual, si a tal función se reduce, sobremanera costosa, y, además, no son muy seguras las excelencias de su resultado. Es difícil, por razones económicas, que cada clase tenga un aparato receptor a título de ayuda audiovisual, y es difícil también que las emisoras organicen un número de emisiones sensiblemente más elevado que el actual con la sola finalidad de servir de suplemento a los sistemas docentes en vigor. Y en tanto que cada clase no tenga su aparato y el número de emisiones no se aumente considerablemente, o bien habrán de organizarse emisiones de carácter general, como en los Estados Unidos —aptas para todos los niveles escolares y dirigidas a la totalidad de los alumnos, reunidos ante un único receptor en la sala de actos del centro docente—, o bien, como ocurre en Francia, cada clase no gozará

más que de una migaja de televisión muy espaciadamente; o bien, como en Inglaterra, habrá que concentrar todos los medios de la televisión en un solo tipo de centros.

Pero, incluso, en este último caso no es seguro que la TV interese más que las ayudas audiovisuales ya existentes. Debe señalarse que el 70 por 100 de los directores de escuelas encuestados en los Estados Unidos (*) estimaron que el cine era pedagógicamente superior a la televisión. El cine tiene una pantalla más grande, y en consecuencia mejor visibilidad. Las películas son en colores, y el documental cinematografiado es generalmente un producto más acabado y perfecto que la emisión de TV; de hecho, muchas emisiones de TV escolar se limitan a reproducir películas. Y, sobre todo, el cine puede ser empleado, en contraste con la televisión, cuando el profesor tenga necesidad de él, sin necesidad de modificar su horario. El cine —al igual que las proyecciones fijas, los discos, los mapas, etc.— puede entrar en el curso normal de la enseñanza y estar siempre a disposición del docente, mientras que en el caso de la televisión los términos se invierten. En la práctica, la TV no puede ser sino algo complementario y exterior: entremés o postre. Salvo, repito, en el caso inglés, ya que Inglaterra concentra todos los medios en un punto, y toda la enseñanza de ciertas materias se hace a través de la televisión. Una de las mejores emisiones educativas americanas —las *Adventures in Number and Space*, del profesor Howar Fehr— no tiene pretensiones de constituir un curso cerrado en sí mismo, sino más bien “una especie de entremés, aperitivo o estimulante matemático”.

LA TV ESCOLAR Y LA ENSEÑANZA EN EL PROPIO DOMICILIO.

La televisión es cosa demasiado completa y exigente para acomodarse con otro sistema de enseñanza. La TV es, en sí misma, todo un sistema de enseñanza. Tan cierto es esto, que varias Universidades americanas (especialmente la Universidad de California, la Universidad de Michigan, la Universidad de Siracusa, la Universidad de la *Western Reserve*) han organizado cursos completos por televisión para sus estudiantes externos. La Universidad de la *Western Reserve* tiene dos series de cursos televisados a razón de dos o tres lecciones semanales por serie. Durante los primeros años los cursos han versado sobre literatura comparada, psicología, psicología infantil, geografía humana, economía general, historia de la música. Unos 1.200 estudiantes externos inscritos en estos cursos envían regularmente sus trabajos a los profesores directores para que se los corrijan, y al fin del año escolar se examinan en la Universidad.

Las autoridades escolares de Pittsburgh han iniciado una experiencia que denominan *High School of the Air* (el Bachillerato del Aire). *High school of the Air* da, tres veces por semana, un programa de hora y media, dividido en tres lecciones de una media hora, sobre álgebra, historia americana e inglés. El programa comienza a las siete de la tarde, hora en la cual

todos los trabajadores ya han regresado a sus casas. La emisión pretende probar que gracias a la TV todo el mundo puede adquirir fácilmente una instrucción de tipo secundario y obtener un diploma de *High School of the Air*. El primer año 810 estudiantes se inscribieron en la escuela secundaria televisada, 337 se presentaron a examen y 71 fueron aprobados. De los 71 aprobados 19 eran presos de la Penitenciaría de Pittsburg.

En verano, la *High School of the Air* organiza un curso de seis semanas para los alumnos de las *High Schools* ordinarias suspendidos en los exámenes de junio. Aunque el costo del curso, incluida la corrección de los deberes, es bastante elevado —75 dólares— más de 2.000 alumnos se inscriben en él todos los años, y muchos otros no inscritos siguen sin duda las lecciones.

POSIBILIDADES DE LA TV EN UNA REFORMA DE LA EDUCACIÓN.

Algunos consideran, basándose sobre las experiencias que acaban de reseñarse, que la TV hace completamente inútil a la escuela tradicional, y que el niño no tendrá pronto necesidad ninguna de salir de casa para instruirse. Técnicamente esto no es de ningún modo un desatino. En un país como los Estados Unidos, en el que todas las familias tienen televisión o están en condiciones de tenerla, nada impide a los niños el seguir los cursos en casa bajo la dirección de su madre, la cual tiene en el sistema social americano mucho tiempo libre. Pero educativamente es dudoso que la enseñanza en casa sea muy recomendable. Un niño que esté siempre en familia —la familia extremadamente reducida de los países industriales de nuestros días— corre el riesgo de no socializarse; es peligrosa la excesiva protección del mundo exterior.

Pero si no es bueno que la televisión suprima la escuela, lo que sí puede hacer es descargar considerablemente al maestro de lo que la enseñanza tiene de trabajo rutinario. Hasta hoy, la enseñanza es clasificada por los economistas como un oficio “terciario”, es decir, como un oficio no afectado apenas por la gran revolución técnica de los últimos doscientos años. La televisión puede cambiar realmente esta situación, poniendo al alcance de los maestros una máquina que haga por ellos las tareas menos humanas —la enseñanza del programa escolar al conjunto de la clase— y que les permita, consecuentemente, consagrarse por entero a los alumnos individualmente considerados. Este es el sentido de una experiencia que se desarrolla actualmente en Hagerstown (Maryland). Seis mil alumnos en dos escuelas secundarias y seis elementales asisten, cuando menos, a un curso diario transmitido por TV. Si esta experiencia resulta positiva, se extenderá a todo el condado de Washington, en torno de Hagerstown, y se aumentará en varias horas de clase al día.

La idea de los educadores americanos, concretada en la experiencia de Hagerstown, es liberar al maestro de la enseñanza estereotipada, para que así pueda dedicar todo su tiempo y esfuerzo a la enseñanza individual: corrección de deberes, preguntas, “repetitoria”. Pero entiendo yo que puede irse bastante

(*) Cf. C. A. Spiemann: *Television et éducation aux U. S. A.*, pág. 85.

más lejos, y que la televisión puede incluso descargar al maestro de la enseñanza y permitirle que se consagre a la educación; la TV puede permitir la sustitución—hace mucho tiempo reclamada, pero hasta el presente imposible—del maestro enseñante por el maestro educador. Hasta nuestros días, las necesidades de la enseñanza han impuesto la necesidad de reclutar al cuerpo docente con arreglo a un punto de vista técnico, a través de la selección de personas con precisos conocimientos en una o en varias materias. La televisión cubre ahora esta parte técnica. Con la ayuda de la televisión no se necesita ser un técnico para vigilar el trabajo infantil; basta con tener el sentido de la educación, con amar a los niños, con tener éxito con ellos: jóvenes que completan sus estudios, jubilados, madres e incluso alumnos de los cursos superiores. La tarea de vigilancia y repetición será tanto más fácil cuanto que la lección televisada será pedagógicamente perfecta e interesará naturalmente a los niños como un espectáculo; repito que esto no es una utopía, sino la experiencia de las mejores emisiones americanas. El adulto que presida el juego de la enseñanza televisada no será enemigo que obliga, día tras día, a ingerir una purga, sino más bien un consejero y un aliado.

La escuela actual es una masa de niños a los que un adulto enseña cosas que ellos probablemente no podrían aprender por sí mismos. La presencia de este adulto es, naturalmente, autoritaria, y ello impide a los alumnos el que constituyan una sociedad orgánica; constituyen más bien una masa inorgánica frente a la cual está el maestro como representante de la sociedad adulta. Gracias a la televisión los niños pueden hasta cierto punto prescindir del adulto y servirse ellos mismos de la enseñanza dada por la máquina. Con lo cual, la clase puede transformarse de masa anárquica—y con frecuencia rebelde—en una pequeña sociedad que a sí misma se discipline y ordene. La escuela se transformará en lo que sociológicamente debe ser: un movimiento de juventud guiado más bien por adultos educadores que por adultos enseñantes. El maestro será el jefe, o mejor, el consejero, de un movimiento de juventud. La escuela se transformará en el club del movimiento de juventud; y en él los jóvenes tendrán, entre otras cosas, la máquina que les facilite la instrucción.

Imagino que algunos pondrán el grito en el cielo diciendo que queremos "mecanizar la instrucción". Queremos ciertamente mecanizar la instrucción, pero para hacerla técnicamente mejor y para liberar la

educación, ahogada hoy día por la rutina de la instrucción.

No se trata tampoco de reducir los maestros y los profesores al paro forzoso reemplazándolos por máquinas. En primer lugar, la reforma concreta no afectará sin duda a la actual generación de maestros; y en segundo lugar, tan sólo se trata de emanciparlos y de promoverlos desde el papel con frecuencia mecánico del instructor al papel más humano del puro educador.

Materialmente, el problema planteado por la televisión escolar en un país como España está lejos de ser colosal. En lo que toca a los aparatos receptores, 50.000 serían más que suficientes, dado el sistema de repartición de clases que creo necesario para la televisión. Lo más difícil es tener suficientes emisiones para cada materia escolar, y también sería de desear existieran ciertas posibilidades de elección que aseguraran, por un lado, cierta libertad de enseñanza, y por otro lado cierta competencia entre las diversas emisiones. Para economizar en lo posible el número de emisiones necesarias convendría tomar como unidad no la clase de un año, sino el grupo de tres clases de un año. Es el sistema llamado de Jena. Pedagógicamente este sistema ofrece el interés de renovar por tercios cada año la sociedad infantil, en lugar de hacer convivir al niño siempre con los mismos camaradas desde su entrada a su salida de la escuela. Y además permite la formación de los pequeños por los grandes; éstos pueden hacer de monitores en cada división, ayudando al maestro y afirmando sus propios conocimientos. Y por lo que toca a la televisión, una sola emisora, con emisiones de veinte minutos, puede fácilmente satisfacer las necesidades de una enseñanza obligatoria común desde los seis a los quince años repartida en tres grupos de tres años. Con dos emisoras pueden introducirse variantes, y puede especialmente organizarse, además de la enseñanza ordinaria, una enseñanza secundaria clásica para los alumnos comprendidos entre los doce y quince años, enseñanzas técnicas, etcétera. Es cuestión de organización y de experiencia.

Pero lo más importante es que un cierto número de maestros tomen, por de pronto, conciencia de la televisión y se consagren a ella, para que así pueda más tarde escogerse entre ellos—no mediante exámenes, sino a través de la prueba del éxito—las "estrellas" de la televisión escolar.

JACQUES BOUSQUET.

(En el próximo número: II. La TV educativa extraescolar.)